

Delegados y las colocó á guisa de trofeo á los pies de la Madre de Guadalupe. Con esto quedaba reconocida Soberana del Nuevo Mundo.

Éste es el motivo por que le asignamos el primer lugar en la *América Mariana*. Si me dejara llevar de los afectos del corazón, la primera serías Tú, Virgen de mis amores, Madre de Andacollo, Perla preciosísima de mi querido Chile, en cuyo santuario bendito, colgado como nido de águila en la cima de altísimas montañas, derramé tantas veces mi alma en los días plácidos de la niñez.

IV

EL INDIO AFORTUNADO

Diez años y cuatro meses después que los españoles conquistaron á Méjico, la Santísima Virgen María quiso manifestar su predilección por los naturales de este riquísimo y hermoso país. Vino á embalsamar con su presencia y con su aspecto de amable joven azteca esta tierra feliz, dejando su santa imagen como testimonio de que quería ser para siempre madre y reina de los mejicanos; favor que al Pontífice Benedicto XIV arrancó este grito de entusiasmo, que ha llegado á ser legendario: *Non fecit taliter omni nationi*; no obró María de tal manera con todas las naciones. El insigne polígloa mejicano, presbítero Luis Becerra Tanco, en interesante libro titulado, *Felicidad de Méjico en la admirable aparición de nuestra Señora de Guadalupe*, impreso por vez primera en 1666, ha consignado la tradición auténtica, que del prodigio conservaban los indios en sus escritos históricos y que él procuró traducir fielmente. Daremos resumen de dicha tradición.

En la alborada del sábado 9 de Diciembre de 1531 un indio humilde, candoroso y neófito en la fe, llamado

Juan Diego, natural de Cuautitlán, vecino de Tolpetlac, de unos 48 años, viudo de María Lucía (1), venía de su pueblo para asistir á la misa de la Santísima Virgen, que en su iglesia de Santiago Tlaltelolco celebraban los religiosos franciscanos.

Al pasar al pie del Tepeyac oyó cantar dulce y armonioso, que le pareció como de muchedumbre de canoras avecillas, y alzando la vista á la cumbre del cerro, donde le parecía se formaban las voces, vió una nube blanca y resplandeciente, y en el contorno de ella hermoso arco iris de vivísimos colores. Quedó el indio absorto en suave arrobamiento, sintiendo en el fondo de su alma júbilo inexplicable, de tal suerte que dijo entre sí: «¿Qué será esto que oigo y veo? ó ¿á dónde he sido llevado, ó en qué lugar me hallo del mundo? ¿Por ventura he sido trasladado al paraíso de delicias, que llamaban nuestros mayores, origen de nuestra carne, jardín de flores, ó tierra celestial, oculta á los ojos de los hombres?» Estando en esta especie de éxtasis, oyó voz dulce y delicada como de mujer, que saliendo de los esplendores de la nube, le llamaba por su nombre propio de Juan y le pedía que se acercase. No se hizo repetir la invitación el bondadoso indio, sino que á toda prisa subió la cuestecilla del collado. En medio de la claridad contempló á una Señora hermosísima, cuyo ropaje, en frase del mismo Juan Diego, brillaba tanto, que al herir con sus resplandores las rocas de la montaña, las transformaba en transparentes perlas, y ha-

(1) En los siglos XVI y XVII acostumbraban los Misioneros y curas poner á los indios dos nombres de santos, sirviendo el segundo de apellido, que no se trasmitía á la familia. Otros añadian al nombre castellano el indígena, que le servía de apellido y se trasmitía á los descendientes. Como en cada pueblo hay santos de especial devoción, resultaba que abundaban mucho los homónimos ó tocayos.

blándole en lengua mejicana con semblante apacible le dijo:—Hijo mío, á quien amo tiernamente, como á pequeñito y delicado, ¿á dónde vas?—Voy, noble dueña y Señora mía, á Méjico, y al barrio de Tlaltelolco á oír la misa que nos celebran los ministros de Dios y súbditos suyos.—Sábetе, hijo mío muy querido, replicó la Señora, que yo soy la siempre Virgen María, Madre del verdadero Dios; y es mi deseo que se me erija un templo en este sitio, donde, como Madre piadosa tuya y de tus semejantes, mostraré mi clemencia amorosa y la compasión que tengo de los naturales y de aquéllos que me aman y buscan, y donde oíré sus ruegos y súplicas para darles consuelo y alivio; y para que tenga efecto mi voluntad, has de ir á la ciudad de Méjico, y al palacio del Obispo que allí reside, al cual dirás que yo te envío y cómo es gusto mío que me edifique un templo en este lugar; le referirás cuanto has visto y oído; y ten por cierto que te agradeceré lo que por mí hicieres en esto que te encargo, y te daré prestigio y sublimaré por ello.—Postrándose el indio [en tierra, respondió:—Ya voy, nobilísima Señora y dueña mía, á poner por obra tu mandato como humilde siervo tuyo; quédate en buena hora.—Y sin pérdida de tiempo se dirigió al palacio del Ilmo. D. Fray Juan de Zumárraga, primer Obispo de Méjico.

Tardó en ver al Prelado, porque los familiares no se lo permitían, ora porque le viesan tan pobre y humilde, ora porque era muy de mañana, obligándole á esperar mucho tiempo, hasta que, conmovidos de su paciencia, le dieron entrada.

Llegado á presencia de su Señoría, refirió, hincado de rodillas, todo lo que había visto y oído. El prudente Prelado escuchó con admiración el relato; pero temiendo que fuese imaginación del indio, poco instruido en la fe, ó sueño, ó ilusión del demonio, lo despidió diciéndole,

que volviera dentro de algunos días, pues quería deliberar con calma sobre tan grave y delicado asunto.

Salió el indio del palacio del Obispo muy desconsolado y triste, tanto por haber entendido que no se le había dado entera fe y crédito, como por no haber surtido efecto la voluntad de María Santísima, de quien era mensajero. El mismo día después de la puesta del sol, volvió Juan Diego á Tolpetlac, que era el pueblo de su residencia (1). Al llegar al Tepeyac encontró á la Virgen María, que le aguardaba en el mismo sitio, donde se le había aparecido por la mañana. Cuando Juan Diego la vió, postrándose en su acatamiento, le dijo: «Niña mía muy querida, Reina y altísima Señora, hice lo que me mandaste; y aunque no tuve luego entrada á ver y hablar con el Obispo hasta después de mucho tiempo, habiéndole visto, le dí tu embajada, en la forma que me ordenaste; oyóme apacible y con atención; mas á lo que ví yo en él, y según las preguntas que me hizo, colegí que no me había dado crédito; porque me dijo que volviese otra vez para inquirir de mí más despacio el negocio á que iba y escudriñar lo más de raíz. Presumió que el templo que pides se te levante, es ficción ó antojo mío, y no voluntad tuya: y así te ruego que envíes para esto persona noble y principal, digna de respeto, á quien deba darse crédito; porque ya ves, dueña mía, que yo soy un pobre villano, hombre humilde y plebeyo, y que no es para mí este negocio, á que me envías; perdona Reina mía, mi atrevimiento, si en algo he excedido al decoro debido á tu grandeza, no sea que yo haya caído en tu indignación, ó te haya sido desagradable con mi respuesta».

(1) Tolpetlac significa lugar de esteras de espadaña, porque sería en aquel tiempo única ocupación de los indios vecinos de este pueblo el tejer esteras de esta planta.

Oyó benignamente la Virgen María al indio, y después de manifestarle que aunque tenía muchos criados á quienes mandar, quería valerse de él para este encargo, le ordenó que volviese á visitar al Obispo y le dijera que la Madre de Dios era la que le pedía el templo. Juan Diego, aunque temeroso de no obtener éxito más favorable que en la primera entrevista, prometió cumplir lo que se le ordenaba y que traería la respuesta al caer la tarde del siguiente día.

El domingo 10 de Diciembre se presentó en el palacio, y después de muchas dilaciones de los familiares, logró hablar al Prelado, el cual le oyó con más atención y quedó convencido de la sinceridad del indio. Mas, para no errar en asunto tan delicado, expuso á Juan Diego que pidiese á la Señora, que lo enviaba, señal de donde pudiera colegirse que era la Madre de Dios y era voluntad suya se le erigiese un templo. Respondió el indio que «viese qué prueba quería que le pidiese». Muy grata impresión produjo en el ánimo del Obispo, que el indio no pusiera excusa en requerir la señal, antes sin turbación alguna le había contestado que indicase él mismo la que le pareciese. Con todo, para evitar hasta la sombra de ilusión ó engaño, llamó á dos de sus familiares de más confianza, y hablándoles en lengua castellana, que no entendiese el indio, los mandó que lo reconociesen muy bien y que luego que se despidiese, fueran en su seguimiento; que sin perderlo de vista y sin que él sospechase que lo seguían, fuesen en pos de él hasta el lugar en que afirmaba haber visto á la Virgen María, que advirtiesen con quién hablaba, y le diesen después razón de todo cuanto vieran y entendiesen. Hizose conforme al mandato del señor Obispo. Despedido el indio de la presencia de su Señoría, le fueron siguiendo los familiares á cierta distancia, hasta el riachuelo que está antes de llegar al cerro del Tepeyac,

donde Juan Diego se les desapareció, sin que pudieran encontrarlo, á pesar de la diligencia que ambos pusieron en buscarle. Volvieron despechados al palacio á informar al Prelado, y le rogaron, que lejos de darle crédito, le castigase, pues era sin duda un embaucador, mentiroso ó hechicero.

Entre tanto Juan Diego se encontró en la cima del cerro con la Santísima Virgen, y le dijo lo que el Obispo le pedía. La Virgen María, agradeciéndole su diligencia, le expresó que volviera al día siguiente al mismo lugar, para darle la señal cierta que el Obispo deseaba. Ésta fué la tercera aparición.

V

FLORES MILAGROSAS

Vuelto á su casa encontró Juan Diego á un tío suyo, llamado Juan Bernardino, con quien vivía y á quien amaba y veneraba como á padre, atacado del cocoliztle (fiebre maligna): así es que el lunes 11 no pudo comparecer á la cita que le había dado la Señora, por ocuparse en buscar médico y remedios para el paciente. El martes 12 salió al romper del alba hacia Tlaltelolco á llamar un sacerdote franciscano, que administrase los sacramentos de la Penitencia y Extremaunción á su tío, el cual se había agravado notablemente. Al llegar al sitio por donde debía subir al montecillo, recordó que no había acudido á lo ordenado por la Santísima Virgen, y temiendo que le reprendiera, cogió otra vereda por la falda oriental, creyendo cándidamente que no le vería, ni detendría. Mas he aquí que al pasar por el paraje, donde brota el manantial aluminoso, denominado hoy *El Pocito de la Virgen*, le salió al encuentro María Santísima, circuida de una nube y radiante de claridad,

y le preguntó:—«¿A dónde vas, hijo mío, y qué camino es el que has seguido?»—El indio, temeroso y avergonzado, se puso de rodillas, y respondió:—«Niña mía muy amada y Señora mía, Dios te guarde. ¿Cómo has amanecido? ¿Estás con salud? No tomes disgusto de lo que dijere. Sabe, dueña mía, que está enfermo de riesgo un siervo tuyo y tío mío de un accidente grave y mortal; y porque se ve muy fatigado, voy de prisa al templo de Tlaltelolco en la ciudad á llamar á un sacerdote, para que venga á confesarle y olearle, que en fin nacimos todos sujetos á la muerte; y después de haber hecho esta diligencia, volveré por este lugar á obedecer tu mandato. Perdóname te ruego, Señora mía, y ten un poco de sufrimiento, que no me escuso de hacer lo que has mandado á este siervo tuyo, ni es disculpa fingida la que te doy, que mañana volveré sin falta».

Oyó María con semblante apacible la disculpa del indio, y le dijo de esta suerte:—«Oye, hijo mío, lo que te digo ahora: no te moleste ni aflija cosa alguna, ni temas enfermedad, ni otro accidente penoso, ni dolor. ¿No estoy aquí yo, que soy tu Madre? ¿No estás debajo de mi sombra y amparo? ¿No soy yo vida y salud? ¿No estás en mi regazo y corres por mi cuenta? ¿Tienes necesidad de otra cosa? No tengas pena ni cuidado alguno de la enfermedad de tu tío, que no ha de morir de ese achaque, y ten por cierto que ya está sano».

Juan Diego quedó consoladísimo con estas suaves palabras, y se ofreció á llevar al Obispo la señal, que le diera María. La celestial Señora le ordenó que subiera á la cumbre del cerro, que cortase todas las rosas que hallara, las recogiese en su capa ó *tilma* (1), y des-

(1) *Tilma* se llama en Méjico la capa de monte con que se cubren los indigenas. La de Juan Diego era *ayate* es decir, jerga hecha de filamentos de magüey (especie de pita): un escritor cree que era de filamentos de palma.

pués le enseñaría lo que debía hacer. Obedeció el indio sin réplica á pesar de que sabía no haber flores en aquel sitio, compuesto de rocas agrestes. Encontró hermoso vergel de rosas de Castilla, frescas, olorosas, aljofaradas; y, poniéndose la tilma como acostumbran los indios, cortó cuantas rosas pudo abarcar en el regazo de ella, y las llevó á la presencia de la Virgen María, que le aguardó al pie de un árbol, llamado de los indigenas *Cuauzahuatl*, que es tanto como *árbol de tela de araña* ó *árbol ayuno*, el cual es silvestre, ni produce fruto, y sólo da flores blancas, semejantes á las de la azucena.

La Virgen cogió en sus benditas manos las flores, las acomodó en la tilma de Juan Diego, y le dijo: «Ve aquí la señal que has de llevar al Obispo, y le dirás, que por prenda de estas rosas haga lo que te ordeno. Y ten cuidado, hijo, con esto que te digo, y advierte que hago confianza en tí. No muestres á persona alguna en el camino lo que llevas, ni despliegues tu capa sino en presencia del Obispo, y dile lo que te he mandado hacer ahora; y con esto se animará á poner manos á la obra de mi templo».

Con tan amorosas palabras le despidió la Soberana Virgen. Quedó el indio muy alegre con la señal, porque entendió que tendría feliz acabamiento la embajada; y trayendo con gran tiento las rosas sin soltar ninguna, las miraba de cuando en cuando gustando de su fragancia y hermosura. Ésta fué la cuarta y última aparición de la Santísima Virgen al venturoso mejicano.

VI

PINTURA CELESTIAL

Llegó Juan Diego con su postrer mensaje á la morada del Prelado; y, habiendo rogado á varios sirvientes de